

javier martín garcía

REGE CAROLO III
ANNO
MDCCLXXVIII

una
historia de
en 50 lugares
madrid

Cydonia

Ediciones Cydonia S.L.
<http://www.edicionescydonia.com>
Apartado de Correos 222
O PORRIÑO - Pontevedra

© Ediciones Cydonia, 2015
© Javier Martín García
Primera edición, mayo de 2015

Fotografías: Ignacio Monzón, José Miguel Marsella y Javier Martín

Printed in Spain - Impreso en España
I.S.B.N. 978-84-943810-2-7
Depósito Legal: VG 300-2015
Imprime: Reprográficas Malpe

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso escrito de Ediciones Cydonia S.L.

una
historia de
en madrid
50
lugares

javier martín garcía



EDICIONES
Cydonia

Índice

Tres visiones de Madrid	9
<i>Corte real y casa de todos</i> , por Ignacio Monzón	
<i>Un Madrid personal</i> , por Óscar Herradón	
<i>Madrid, mucho más que un género literario</i> , por Alberto de Frutos	
1: Manzanares	
Aprendiz de río	15
2: La muralla árabe	
Aquí empieza Madrid	21
3: Iglesia de San Nicolás	
Torre del siglo XII	25
4: La Paja	
Una plaza de corazón medieval	30
5: San Pedro el viejo	
Más mudéjar	35
6: Puerta del Sol	
Donde todo pasa	40
7: Plaza de la Villa	
Antiguo centro de poder	51
8: Casa de Campo	
El mayor pulmón de Madrid	58
9: Monasterio de las Descalzas	
Silencio entre el caos	65
10: La casa de las Siete Chimeneas	
Historias para no dormir	71
11: Plaza Mayor	
Corazón ardiente	76
12: La Encarnación	
El monasterio de palacio	86
13: Parque del Retiro	
El pulmón del centro	90

14: Casa Sobrino de Botín	
Aquí sí que estuvo Hemingway	99
15: Reina Sofía	
De hospital a museo	102
16: Colegiata de San Isidro	
Catedral en funciones	107
17: San Antonio de los Alemanes	
Iglesia espectáculo	112
18: Iglesia de San Andrés	
Donde rezaba el patrón	116
19: Conde Duque	
Un cuartel vigilante de la cultura	121
20: Del Alcázar...	
...al palacio	126
21: San Francisco el Grande	
Por mi cúpula me conoceréis	133
22: Parque del Capricho	
Espacio festivo	137
23: La Puerta de Alcalá	
La vida junto al Retiro	142
24: Museo del Prado	
La joya de la corona	147
25: Museo Thyssen	
Un palacio para el arte	155
26: San Antonio de la Florida	
La ermita de Goya	160
27: Congreso de los Diputados	
Símbolo del poder del pueblo	165
28: Teatro Real	
Un lugar para el “bel canto”	171

29: Plaza del Dos de Mayo	
Historia rebelde	175
30: Biblioteca Nacional	
La casa de los libros	180
31: La Almudena	
La catedral de la paciencia	185
32: Café Gijón	
Un moderno mentidero	193
33: La Bolsa	
El Palacio del Dinero	199
34: Panteón de Hombres Ilustres	
Los que dejaron huella	203
35: Cementerio de la Almudena	
La ciudad de los muertos	207
36: Estación de Atocha	
Historias al tren	211
37: Palacio de Longoria	
Arquitectura de cuento	215
38: Nuestra Señora de Comunicaciones	
La Notre Dame madrileña	219
39: Residencia de Estudiantes	
El germen de la Edad de Plata	223
40: Hotel Palace	
La llegada del lujo	228
41: Parque del Oeste	
Naturaleza en la ciudad	233
42: Ateneo Científico, Artístico y Literario	
Ambiente intelectual	238
43: Plaza de España	
Del Quijote a los rascacielos	242

44: La Casa de las Flores...	
...y los poetas	246
45: Gran Vía	
Luces, cámara... ..	250
46: Ciudad Universitaria	
La urbe del conocimiento	258
47: Barajas	
Vuela Madrid, vuela alto	263
48: Cuartel General del Aire	
El “monasterio” de la cosa aérea	267
49: Estadio Santiago Bernabéu	
No podía faltar el fútbol	270
50. Templo de Debod	
Lo que el Nilo nos dejó	274
Agradecimientos	
En la Plaza de Chueca	279
Bibliografía	283

Tres visiones de Madrid

Corte real y casa de todos

Por Ignacio Monzón

SI SE PIDE A ALGUIEN QUE CITE “grandes” ciudades, famosas por sus monumentos, sus logros, sus ciudadanos o los episodios que han protagonizado en la Historia Humana, es posible que aparezcan nombres como New York –o Nueva York, seamos castizos–, Roma, Babilonia, Londres, París, Tarazona o Pekín. A veces mencionarán Barcelona, urbe populosa, pujante y espléndida sin duda, pero se olvidarán de la vieja Villa y Corte, ese rinconcito levantado a ambos lados del Manzanares que se convirtió en el trono de una monarquía dominadora de tierras en los cinco continentes. ¿Y por qué?, ¿qué tiene de malo Madrid?, ¿no posee glamour?, ¿no cobija un “Pequeño Manhattan” en la zona de Azca o de Nuevos Ministerios?, ¿no disfruta de una “Gran Avenida” o Gran Vía, signo de identidad de la ciudad?, ¿una semana de la moda, La “Cibeles” “FashionWeek”, reconocida internacionalmente?, ¿no alberga la sede de la Organización Mundial del Turismo?, ¿y qué hay de ese genuino templo egipcio conocido como Templo de Debod?

Ignacio Monzón Acosta es historiador.
Autor del libro “Curiosidades del Mundo Antiguo”.

Cierto es, no lo negaré, que Madrid carece del lustre de otras poblaciones que presumen de ser bimilenarias o aún más añejas, haber sido fundadas por los romanos o existir antes de ellos. Zaragoza y Mérida son hijas del gran Augusto y Cartagena una nueva Cartago. Todas ellas gestadas y en pleno apogeo cuando “los Madriles”, como algunos la conocemos, no existían, al margen de algunas villas romanas y algún “vicus” o aldea encontradas en su subsuelo pero que nada tenían que ver con la ciudad del oso y el madroño.

Mas pecando de orgulloso madrileño, de primera generación, pero madrileño al fin y al cabo, también podemos hablar de la Villa y Corte de los Habsburgo y los Borbones y de ser una ciudad de ilustres plumas: cuna de Alonso de Ercilla, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Pedro Salinas, José de Echegaray y Jacinto Benavente, entre otros. ¿Que muchos de ellos eran de familias no naturales de Madrid? Eso es verdad, pero es que algo que ha caracterizado y lo sigue haciendo a la castiza “Imperial y Coronada” y “Muy Noble y Muy Leal” es ser un punto de encuentro, la casa de todos, vengan de donde vengan, haciendo que sea un poco de ellos. ¿Cuántos literatos, compositores, científicos y grandes mujeres y hombres en general no dirigieron sus pasos a la urbe del Manzanares y la hicieron suya? ¿Qué sería de Madrid sin el canario Galdós y de éste sin Madrid? Recuerde, amigo lector, que una zarzuela tan emblemática como “La verbena de la Paloma” la compuso otro “extranjero”, el salmantino Tomás Bretón.

La lista de hombres y mujeres ilustres nacidos en la ciudad de la diosa Cibeles es larga y orgullosa, igual que la de los que, sin nacer en ella, la hicieron más grande con sus poemas, estudios o canciones. Ciencias y artes se han beneficiado de ello y prueba inmejorable es la gran oferta cultural que alberga. No me refiero solamente a cines, salas de concierto, universidades y bibliotecas, cuyo número es muy elevado. Pienso en esas “joyas” singulares y únicas como el Museo del Prado, el Palacio de Oriente y el de Liria, el Parque del Retiro, la Puerta de Alcalá, la Casa de las Siete

Chimeneas, el Templo de Debod, la Residencia de Estudiantes y tantas otras. Edificios, parques y lugares que han sido escenarios de miles de sucesos históricos y que se han convertido en señas de identidad de la población. Una respetable cantidad de los mejores ejemplos de estos rincones aparecen en este libro, escrito por un buen amigo, madrileño de estirpe añeja –muy raro de encontrar–. Bueno para los que vivimos en la capital, ya que nos redescubre muchos rincones desconocidos o ignorados, la obra también es recomendable para los que moran en otras localidades y se han podido preguntar si Madrid tiene algo especial, que lo tiene.

Un Madrid personal

Por Óscar Herradón

Capital de la Villa y Corte. Caminar por lo que queda del Madrid de los Austrias, sigue siendo una auténtica gozada: admirar sus edificios, evocar los mentideros, quizá recordar alguna que otra historia de brujas y herejes del Barroco... hacerlo acompañado de un guía casi omnisciente en este tipo de cuestiones y a su vez divertido como Javier Martín, es como realizar un viaje en el tiempo al lado más pícaro, en ocasiones incluso sórdido, por qué no, de la capital en tiempos del Lazarillo de Tormes y del “voto a Dios”.

Tengo el enorme placer de llevar unos cuantos años ya trabajando mano a mano con él en la redacción de la revista “Enigmas” y, aunque en ocasiones el autor de este magnífico libro peca de cierto escepticismo, su enorme curiosidad por el pasado, por lo que nos rodea y por lo menos conocido de aquello que parece dado por sentado, es tan grande que no es necesario creer 100% en entidades ectoplásmicas para realizar un viaje singular a los secretos de Madrid.

Óscar Herradón es redactor jefe de la revista “Enigmas”. Autor, entre otros libros, de “Los Magos de la Guerra” (Editorial Libros Cúpula) e “Historia Oculta de los Reyes” (Editorial Espejo de Tinta).

Un Madrid eclipsado por el tráfico, el ajetreo de las grandes urbes y el vaivén del consumo compulsivo, que se erige en escenario de cartón piedra a simple vista, cuando lo visitas estresado y falto de inquietud, pero tras el que se esconde la verdadera función, una función amena, jovial, en ocasiones peligrosa, y siempre gratificante, a la que se acerca, y de la que participa, este trabajo. Donde el misterio, se sustenta en algo sólido o sea mera leyenda, también existe y cobra protagonismo. Pero ésta no es una guía mágica de Madrid, ni nada por el estilo. Es otra cosa, aunque igual de inspiradora, si no más, porque recorre los rincones céntricos con otros ojos, rincones que muchos de nosotros hemos transitado una y mil veces sin fijar nuestra atención –ahora sí lo haremos– y nos acerca muchos otros más difíciles de encontrar, y que queremos sin duda descubrir. Un libro que podríamos definir como “Anecdotario del Viejo Madrid”.

Como buen madrileño que es, afincado desde que vino a este mundo en el céntrico barrio de Argüelles, Javier Martín tiene deje de chulapo con aire de poeta atormentado, dado al buen beber y a la fiesta que en los ochenta del siglo pasado hicieron del barrio de Malasaña y otros adyacentes el centro neurálgico de la llamada Movida. Y eso se nota al leer. Su conocimiento de los lugares clave, de los museos, de los edificios y personajes relevantes, pero también de la noche madrileña, los bares, las tabernas, los espacios de ocio y aquellos que en su día sirvieron de nueva Babilonia a los lugareños, también tienen cabida aquí.

Madrid tiene cosas malas, como toda capital que se precie, pero también es pura poesía, una poesía que el autor ha sabido condensar, cual alquimista al servicio del Rey Prudente. Con sinceridad, cercanía, una prosa amena e inteligente, e ironía, mucha ironía, quizá heredada de madrileños ilustres del Siglo de Oro que hicieron de la diatriba una obra de arte, Javier Martín, mientras escribía estas páginas, buscaba la esencia de la ciudad, y la ha encontrado.

Madrid, mucho más que un género literario

Por Alberto de Frutos

Madrid es una sátira y una tragedia, una farsa y una epopeya. Todos los géneros literarios caben en sus calles y se airean en sus plazas. Quienes amamos esta ciudad sabríamos reconocer su silueta –irónica, vacilante, cachonda– en cualquier parte.

A la manera del deshollinador de “Mary Poppins”, Javier Martín ha trazado en estas cuartillas el perfil más proporcionado y delicioso de la capital del reino, para que nos zambullamos en él sin miedo. Con pulso firme y colores vivos, el autor nos pasea en el pescante de una berlina llamada Madrid, mientras nosotros, acomodados en el coche, vamos disfrutando del paisaje, una fiesta de olores, sabores y sonidos del pasado, el presente y el porvenir.

Porque, como todos los grandes libros, esos que no dejan de crecer en el recuerdo cuando ya los hemos jubilado en la estantería, “La historia de Madrid en 50 lugares” es andarín y bullicioso. ¿Es un ensayo de historia? Lo es. ¿Y quizá de geografía? Por qué no. ¿Y acaso de literatura? Por supuesto. Y también de ciencia, arte, música, botánica, sociología o política.

Entre las muchas postales que el autor ha rastreado en este inmenso mercado de pulgas capitalino, finalmente ha seleccionado cincuenta y, sobre ellas, ha fijado la lupa de su curiosidad, tan vital y estimulante que, desde la primera página, a los lectores no nos queda más remedio que hacerla nuestra.

Hay otros libros sobre Madrid, claro, pero no todos podrían decir aquello de: “Y la ciudad se hizo carne, y habitó entre nosotros”. Porque esa es la virtud principal de esta obra, que se lee como las transparencias de una linterna

mágica. Las piedras –las de las murallas musulmanas y el Palacio Real– son testigo del paso del tiempo; el agua de los lagos –en la Casa de Campo o el Retiro– nunca permanece estancada; y los muertos convocados en este gozoso aquelarre –los del cementerio de la Almudena o el Panteón de Hombres Ilustres– reviven aquí con los atributos que en su día los hicieron grandes.

Más que una guía al uso, Javier Martín se las ha ingeniado para procurarnos un placer en desuso, ese que hace de los libros seres sensibles o móviles perpetuos, y de sus destinatarios, exploradores a la conquista de unos rincones –cincuenta, en este caso– tan fértiles y majestuosos como el mismo espacio.

1

Manzanares

Aprendiz de río

SI NOS PONEMOS A ESBOZAR EL MAPA de una ciudad amplia e interior, más aún si la establecemos como capital de un país, los cánones clásicos parecen exigirnos tinta azul y un sinuoso garabato que nos sirva como río. Entonces, diseñamos un Támesis que presida Londres o un Sena emperador de la vida de París. Se presume, pues, que la capital del Imperio en el que, de tan desmesurado como era, ni se ponía el Sol, debería sustentarse sobre un caudal sobresaliente. Para dibujar Madrid, lo lógico sería empezar por un río excelso, carismático, admirado, ancho y vertebrador de la vida cotidiana. Y Madrid tenía, y tiene, el Manzanares. Y, por supuesto, alimentó el germen y el crecimiento de la villa. Pero de carisma, anchura y caudal, ha fluido más bien escaso.

Pero es que Madrid vive enfrentada a los tópicos. ¿Qué opinan sobre aquello de que los madrileños son prepotentes y chuletas? Porque nuestro río fluye humilde en grado superlativo. Fíjense, el Támesis tiene una longitud de 396 kilómetros; el Sena, 776; el Tíber, poco más de 400... Y el Manzanares, desde su nacimiento en la Sierra de Guadarrama hasta su desembocadura en el Jarama, apenas se asoma a los 100. Eso sí, siempre fiel al casticismo: no se sale de los límites marcados por la Comunidad de Madrid. Y también tiene su peligro. A comienzos del siglo pasado, hubo quien se jactaba de que en sus aguas habían muerto más desdichados que en el mismísimo Sena. Aquí, claro, no

fue cosa de románticos suicidas ni bohemios atufados de absenta que caían y se ahogaban en las caudalosas aguas parisinas. En Madrid, los muertos simplemente se lanzaron al río y se golpearon con las piedras de su fondo. No era lugar ni agua había para tal salto.

Fluye la historia por el Manzanares

Sin embargo, en lo que no difiere un río de los otros, es en su labor vertebradora de la vida de nuestros ancestros. En las riberas del Manzanares se desarrollaron los primeros asentamientos humanos de la futura capital y a partir de ellos se fue desarrollando, muy poco a poco su historia. Ya desde el Paleolítico Medio (125.000–35.000 a.C) se han datado restos de presencia humana en las terrazas del Manzanares. Los estudios prehistóricos llevados a cabo desde el siglo XIX refieren la existencia en aquellos tiempos de refugios construidos a base de ramas en las orillas de nuestros ríos y la evidencia de un sustento a partir de la caza de los animales que se acercaban a saciar su sed. Miles y miles y más miles de años después ya saben que el largo y nómada Paleolítico dio paso a un Neolítico en el que el cambio climático hace de esta zona un espacio mucho menos poblado... También llega el sedentarismo. Los protomadrileños neolíticos del río que nos ocupa se asentaron en sus orillas en unos poblados que hoy harían las delicias de tantos aventureros como hay con ganas de pasarlo mal. Eran los conocidos como fondos de cabaña, compuestos de viviendas muy pobres, fabricadas a base de ramas y barro, muy cerca de los ríos. La Edad de los Metales alejaría al hombre del agua y lo elevaría hasta los cerros, vigilante, más seguro desde lo alto ante los posibles ataques. Y con Roma, vuelta abajo, a los valles.

Pero aún no tenemos Madrid, pese a que es evidente la presencia romana en lo que es el entorno de la actual región. Los poblados relacionados con el Manzanares no alcanzarán la entidad que nos permita ubicarlos como base

de la futura urbe. Son asentamientos que aparecen y desaparecen, nubes de verano que no alcanzan a llover como Madrid y que irán generándose, con poca continuidad, hasta el siglo IX.

Cruzando entre puentes

Saltemos unos cuantos siglos, que a ello nos faculta un libro como el que tienen entre sus manos (o allá donde quieran tenerlo). Saltemos hasta hoy, y desde hoy volvamos un poco hacia atrás, de puente en puente. La capital y el Manzanares parecen haberse reconciliado últimamente, gracias al megaproyecto municipal que supuso el Madrid Río, un parque de más de una decena de kilómetros que recorre el caudal urbano y deja al visitante un buen ejemplo de lo que ha sido la arquitectura de la capital en torno a su río... Y es que, tendrá más o menos agua, habrá sido más o menos despreciado por sus poetas, pero las ciudades crecen y los ríos necesitan ser cruzados... Y para ello se necesitan puentes. En Madrid los hay de primera categoría.

Nos tomamos la libertad de destacar tres de los existentes en el corazón urbano del Manzanares. Sepan que no lo hacemos por capricho, sino por su dimensión arquitectónica, por un lado, por su importancia histórica por otro. Si nos situamos en lo que podría ser la entrada a la urbe desde la zona de Ciudad Universitaria, el primero de ellos sería el conocido como Puente de los Franceses, que recibe su nombre por la nacionalidad de los ingenieros que lo construyeron allá por



1860. La cercana Estación del Norte (hoy Príncipe Pío) era origen o destino de los trenes que atravesaban esta obra construida en ladrillo rojo y granito, y cuyos cinco ojos fueron testigos de algunas de las escaramuzas más intensas de la Guerra Civil en su trágico paso madrileño. No en vano, se convirtió en uno de los puestos bélicos en el que más dificultades encontraron las tropas nacionales en su avance hacia Madrid.

Si seguimos el curso del río hacia el centro de la ciudad y dejamos atrás el Puente de la Reina Victoria y el Puente del Rey –hoy uno de los accesos principales a la gigantesca Casa de Campo–, el siguiente, río abajo, es el más antiguo de los que sobreviven en la ciudad, el Puente de Segovia, cuya arquitectura se debe a uno de los más insignes constructores españoles de siempre, el mismo que proyectó el Monasterio del Escorial, Juan de Herrera. Su cimentación pretendía dar paso a una de las vías principales de acceso de la ya capital de España, el Camino de Segovia. Se cree que fue construido entre 1582 y 1584, apenas dos décadas después de que Felipe II instalase en Madrid la capital. Nueve arcos de medio punto lo contemplan, una estructura de granito, y, como no podía ser menos, una historia de lo más agitada. Valga como ejemplo que en 1664, el arquitecto José de Villarreal hubo de meter mano en su tablero superior, seriamente dañado, y que a finales de tal siglo, Teodoro Ardemans le añadió una puerta que venía a dar la bienvenida a quien ingresase en Madrid por este camino... Aunque ya sabemos, la guerra no perdona vidas ni puentes, por siglos que tengan sus arcos. En noviembre de 1936, el puente original pasó a mejor vida. El avance de las tropas nacionales al mando del General Yagüe y el valor estratégico del lugar, convinieron a las tropas republicanas a dinamitar la antiquísima pasarela. Después de la guerra, fue levantado de nuevo, respetando su arquitectura primigenia, e incluyendo algunas modificaciones; la principal, su ensanchamiento.

Con ustedes, nuestro más garboso puente

La arquitectura es también un organismo vivo, al que su día a día, su año a año, su siglo a siglo, abastece de carisma. Cuánto más ocurre en estos puentes que cada día pisotean los zapatos de miles de madrileños, las ruedas de sus coches y tranvías. Excepto algunos acróbatas afortunados, pocos ciudadanos podrán presumir de caminar sobre la fachada de la Almudena o de la Torre de Madrid. Muchos, en cambio de hacerlo sobre el Puente de Toledo, quizá el más donoso de todos los capitalinos. Se lo debemos a un nombre que promete aparecer en abundancia por las siguientes páginas, el arquitecto Pedro de Ribera, que diseñó su barroca estructura y dirigió sus obras entre 1719 y 1732. Hoy une dos de las zonas más populosas de la ciudad, la glorieta de Marqués de Vadillo, en la orilla oeste, y la de Pirámides, en la este. Unos robustos contrafuertes conviven en su estructura con nueve arcos de medio punto. En la superficie, en los laterales, dos enmarañados templete, egregios representantes de ese arte tan cargado que se conoció como churrigueresco, guardan las imágenes de San Isidro y Santa María de la Cabeza. Del extremo que va a dar a Pirámides descienden dos rampas. En tiempos descendían a los lavaderos que había en la orilla.

... Y sus lavanderas

Claro, hoy nos hemos acostumbrado a lavadoras. Pero no hace tanto el vestuario se blanqueaba allá donde el agua nos permitía, y el río era espacio bien provisto para ello. Junto con la zona del Puente del Rey, el espacio comprendido entre los puentes de Segovia y Toledo se convirtió en un terreno tan costumbrista como triste e insano, en el que mujeres mal pagadas pasaban las horas enjuagando los ropajes de las gentes acomodadas. Era el oficio de las familias pobres, una pobreza que el crecimiento de Madrid, el traslado, sobre todo a partir del siglo XIX, de tantas personas de los

pueblos a la capital, a una ciudad sin apenas industria, acrecentó exponencialmente. Estas zonas se masificaron de lavanderas, lloviara, tronara o hiciera ese calor seco del julio madrileño... Mientras, sus hijos correteaban sin control por aquellos lugares sin higiene.

Al menos hasta que la reina María Victoria, esposa del efímero y bienintencionado Amadeo de Saboya (rey entre 1870 y 1873), organizó en la zona de la actual Cuesta de San Vicente un Asilo de Lavanderas, en el que recogían a tres centenares de niños menores de cinco años, a los que se cuidaba mientras trabajaban sus madres. En 1926, el Manzanares fue canalizado y las lavanderas se llevaron su tristeza a otra parte.

Diez años después, las bombas y las trincheras, volvieron a hacer salpicar el agua. La Guerra Civil también sabía herir al río... y colorearlo con sus propios garabatos.

Hoy, después de que los coches tomaran sus márgenes, el soterramiento del arco oeste de la M30 llevado a cabo entre 2003 y 2007 y la construcción del Parque Madrid-Río, ha provocado, por un lado, una polémica sobresaliente, sobre todo por lo desmesurado del gasto, por otro, ha convertido el río en una zona de convivencia y juego para miles de madrileños...

Quizá lo que ocurre es que está implícito en el Manzanares crear polémica. Quién sabe, es probable que la socarronería le venga al río de su propia personalidad, que aunque sean pocas, sus aguas fluyen traviesas. Allá en el Siglo de Oro, ya lo comparó Tirso con una escuela: “Como Alcalá y Salamanca / tenéis, y no sois colegio / vacaciones en verano / y curso solo en invierno...”

Cómo llegar



Puente de Toledo. Kilómetro 2,90 de Madrid Río

Metro: Estaciones Pirámides y Marqués de Vadillo (línea 5).

GPS: 40.399487 -3.715009